



En recuerdo de algo que se va...

Por ECEIZA MICHEL

Están demoliendo el Grupo Escolar Viteri. ¡Van a desaparecer las «escuelas públicas»!

Este hecho ha de causar impacto en ese cincuenta por ciento de renterianos que recibieron su cultura básica dentro de las vetustas paredes que ahora desaparecen.

En nuestro casco urbano no hay mucho que sea exclusivamente municipal. Estas escuelas lo eran. Pero, además de ser materialmente nuestras, de todos, tenían un valor moral incalculable dado que Rentería ha crecido en torno a ellas y, puede que muy bien, gracias a ellas...

Por ello, si algo había nuestro, totalmente nuestro, de todos los renterianos, desde 1903, fecha de su donación al

Ayuntamiento por el filántropo don Pedro Viteri, hasta hoy, es este centro docente, y ¿a quién no le duele cambiar algo querido, entrañablemente querido, por otra cosa, aunque sea mejor...? En su lugar se van a construir unas modernísimas escuelas con doble capacidad que las actuales. Buena falta hacen, pero... ¡Ay!...

Este gemido nos sale del corazón. La vetusta y sencilla arquitectura de este edificio va unida irreversiblemente a nuestra niñez y ello deja una marca indeleble en la vida de un ser humano. Yo lo siento así porque yo ¡«anduve» en las escuelas públicas!

Escalé peldaño por peldaño—nunca mejor dicha esta frase hecha, ya que las escuelas de párvulos se encontraban

en los bajos y las de grado superior en los últimos pisos— toda la gama de estudios que allí se daban. Mi vida estudiantil transcurrió en aquel edificio. Evocarlo y pensar que ya no lo veremos más, nos hace sentirnos «arros»...

Mas rememoremos un día cualquiera, un día típico en el transcurrir de aquellos de nuestros recuerdos... Llegábamos a las ocho y media. A veces, pocas, más tarde. Centrémonos en las aulas superiores. Don Gabriel Santa María nos esperaba ya. Los retrasados tenían que arrostrar su severa mirada lanzada, como dardos recriminatorios, por encima de las gafas.

Comenzaban las lecciones. Todos respetábamos al maestro de una manera muy singular. Fuera de clase era el mejor del mundo. ¡Y que nadie pusiera en duda este aserto! Pero lo ponían, especialmente los alumnos de don Aurelio, para quienes, indudablemente, su maestro era el mejor...

Pero esto... fuera. Dentro de la clase las cosas discurrían de otra manera. Allí era nuestro «enemigo», un enemigo a quien queríamos y a quien el diablo nos incitaba a volver loco con nuestras travesuras. Era afán común enrabiatarle. Para seguir el juego, don Gabriel recurría a una larga caña con la punta de la cual y desde su mesa escritorio, nos «escababa» si nos pillaba en flagrante falta, lo que alegraba sobremanera al resto de los alumnos. Para castigos más severos disponía de un soberbio palo de tambor cuando—¡cosa curiosa!— «no» estaba en el tejado del vetusto caserón de enfrente...

Bajo de estatura, regordete, de corto cuello y algo cargadas espaldas, su figura hizo que los chavales le aplicasen un sobrenombre que hoy nos parece cruel, pero que entonces estaba suavizado por la cordialidad. Ninguno creíamos ofenderle como tampoco creían ofender al resto de los maestros sus alumnos al aplicarles sus apodos particulares. De genio vivo, con los dedos amarillos de nicotina, su bigotillo y su «¡Mec... María Cristina...!», no sé cómo no le hicimos morir de un infarto cardíaco, porque... ¡vaya colección de angelitos le tocaron en suerte al buenazo de don Gabriel, para bregar con ellos enderezándolos hacia los caminos culturales...!

El recreo, a las diez. En el anexo frontón se dilucidaba, día a día, la supremacía futbolística de las dos escuelas de mayores. Cuando estaba ocupado por la familia Guruceaga en sus entrenamientos de pelota a cesta-punta—¡qué mal genio el del manco padre!—, nos trasladábamos al otro lado del río, a los terrenos de la Galletera Olibet, que llamábamos comúnmente de «Laguñ Artea», saltando por encima de las compuertas de la presa cercana al Hospital-Asilo.

La corta media hora de recreo a veces se prolongaba hasta el «gol de desempate», pese a los campanillazos insistentes llamando a clase. Hubo ocasiones en que los propios maestros tuvieron que bajar provistos de sus mejores razones «contundentes» a recordarnos que en la vida—¡ay!—no todo es juego. Pero esta heroica decisión de nada les valía si el partido se jugaba al otro lado del río. Allí dos clases enteras luchaban con ardor ciego en busca del gol decisivo. Conseguido éste, todo era correr hacia los puentes de la Alameda para llegar a clase antes que los maestros que esperaban en las cercanías de la presa «premiando» a los que se atrevían a pasar frente a sus narices...

También era un deporte el de las «meadillas». Como es natural, el edificio tenía sus evacuatorios, pero cuando

tocaban a recreo, salíamos todos disparados por ver quién llegaba primero a la calle. Y allí, todos o casi todos nos íbamos contra la pared a vaciar nuestras vejigas en un concurso sin jueces buscando la cota húmeda más alta. Era un rito que desesperaba a los maestros y que iba carcomiendo la arenisca de la pared de forma muy poco decorativa.

Estas costumbres y otras no menos incivilizadas eran comunes a las dos clases de mayores y, por espíritu imitativo, a las de los menores.

Don Aurelio Aparicio, más conocido por don Aparicio y aún más por otro de los desdichados apodos entonces en boga, tenía unos chicos en nada mejores que los de don Gabriel y, a veces, como hemos visto, había que emplear grandes dosis de «entereza» cuando se agotaban los vulgares razonamientos. Por ello, estos domadores de potros salvajes necesitaban constante provisión de «materia prima». Y, sucedió una vez, cuando los empleados municipales procedían a la poda anual de los árboles de las plazuelas, que don Aparicio quiso hacer acopio de «argumentos convincentes» y—a la salida al recreo—encargó a todos los chavales que, al regreso, le trajesen una rama de las podadas «así» de larga y «así» de gruesa, y bien derechita...

Como los chavales sabían cuál era el destino de aquellos residuos arbóreos, dispusieron a cumplimentar el encargo a regañadientes eligiendo no precisamente los más idóneos. Pero aun éstos parecieron excesivamente eficientes a los matoncillos de la clase, los cuales, situados estratégicamente a la entrada del aula, «pasaron por la censura» a todos cuantos aportaban el palitroque de marras. Sólo uno recibió el «visto bueno»; pueden imaginarse cómo sería...

Cuando los alumnos fueron a presentar el «impuesto de egurra», un solo palillo enclenque llegó a manos del estupefacto profesor.

Cerciorado de que aquella era toda la contribución estudiantil a su demanda, se encendió como un cohete, echó mano del argumento más contundente de su repertorio—una soberbia correa que guardaba bajo llave—y pretendió liarse a cintazos a diestro y siniestro. Digo pretendió porque, cuando la clase entera «caló» sus intensiones, se escabulló escaleras abajo como un alud. Resultado: a los cinco minutos don Aparicio tenía «leña» para repartir durante un par de años. Tal fue la cantidad de «palitos» que trajeron sus «pobres víctimas».

Aquí creo oportuno hacer constar que, con estas referencias a castigos corporales no quiero dar la impresión de que los maestros de entonces eran unos sádicos. ¡Dios me libre! Si alguien era víctima de alguien, eran ellos, los maestros. Porque aguantarnos a nosotros, que beatificaríamos a Barrabás como santo inocente, día tras día, año tras año... ¡eso sí que era digno de paciencias bíblicas...!

Pero... a la par que las travesuras estaban las sesiones en que nos negábamos a salir al recreo para seguir, presos en el más intenso interés, las demostraciones prácticas sobre distintas ciencias y aplicaciones. Tanto don Aparicio como don Gabriel—aunque más especialmente el primero—conseguían embelesarnos con sus demostraciones de física aplicada, con sus maquinillas demostrativas del funcionamiento de las de vapor y eléctricas, sus audiciones de radio a base de galena y auriculares, sus «meccanos», sus muñecos ana-



tómicos, sus colecciones de minerales, etc., etc. Muchos de estos aparatos y «tests» científicos—muy raros entonces—, creo que se los compraban de sus propios y menguados bolsillos —¿cuándo ha estado suficientemente pagado un maestro?—, tal era su vocación y entrega total a la enseñanza.

Y entonces era cuando, prendidas en el interés de aquellas fascinantes demostraciones, entraba en nuestras duras mulleras la semilla de la cultura, quedando firmemente arraigada en nuestras mentes.

Nos daban suelta a las once y media. Era la hora del «solfeo».

He aquí una cosa que creo que se ha perdido. Entonces había una afición enorme por la música y el solfeo, que se daba en el piso bajo, en el almacén donde se guardaban los gigantes y cabezudos; era concurridísimo. Todos cuantos acudían a él lo hacían voluntariamente y don Hipólito Guezala—¡qué almas más buenas se daban entonces!—derrochaba ingentes cantidades de paciencia para poner en orden los «do, re, mi» anárquicos de tanto aspirante a la Banda Municipal. ¡Qué triunfo si se llegaba a pasar los primeros exámenes y se conseguía una boquilla de trompeta—por ejemplo—para «ir haciendo boca». Y ¡qué envidia cuando, tras lograr el instrumento entero, se enfundaba en el azul uniforme de la Banda y debutaba en ella cualquier domingo!

Anexo al grupo escolar, en su parte posterior, estaba el Laboratorio Municipal, donde se analizaban alimentos y bebidas que se traían al Mercado. Allí también hicieron sus primeros pinitos en química práctica alumnos a los que pirriaban las probetas, alambiques y demás trebejos de misteriosos cometidos.

Y a la tarde, vuelta a empezar...Y al otro día, y al otro..., todos llenos de plena vida infantil, de travesuras y de estudios, de quemarse las cejas con las materias que «se nos daban» y despreciar las otras, las que «no nos entraban», que, casi siempre, resultaban las más útiles posteriormente.

De aquellos veteranos maestros de mis recuerdos guardo el reconocimiento profundo de todo cuanto les debo. A los anteriores y posteriores que no conocí ni conozco y que serían y serán, sin duda, tan abnegados y sacrificados como ellos, dirijo estas pobres líneas—la Gramática era lo que «no se me daba»—. Don Gabriel, don Aparicio, don Miguel, don Francisco, don Pedro, doña Ana, doña María, doña Dolores, doña Amada y doña Teresita, así, con este cariñoso diminutivo con que siempre se la conoció.

Doña Teresita y don Aparicio—actualmente residente en Barcelona—creo que son los únicos supervivientes de aquella pléyade de magníficos profesores, cuya vocación y entusiasmo profesional nunca se comprenden mejor que ahora, cuando los vemos a través de la lente diáfana del recuerdo. Y creo que nosotros, los renterianos, que debemos un homenaje a las vetustas paredes del Grupo Escolar Viteri, podíamos hacerlo centrándolo en estos dos profesores —y en algún otro si queda—en reconocimiento a su total dedicación e intenso amor a los niños, que derrocharon en aquellas aulas. Su organización se la brindo a la Asociación de Padres de Familia, ya que ella, luchando por el bienestar de los niños renterianos e inquieta por el grave problema escolar que el elefantiásico crecimiento de nuestra villa suscita, hace ya años que planteó la necesidad de derribar el anticuado edificio de las Escuelas Viteri y edificar en su lugar otro más adecuado a los tiempos modernos y de más capacidad. Incluso presentó un bien estudiado proyecto al Ayuntamiento. Este ha tardado en digerir la sugerencia, pero al final lo ha hecho. Y si la Asociación ha conseguido sus loables propósitos, loable es también el reconocer todo cuanto Rentería debe a este Grupo Escolar y a su ejemplar profesorado.

Se me dice que el nuevo grupo escolar tendrá dieciséis aulas, lo que, en efecto, dobla la capacidad del antiguo... Así, con esta mejora, se palía el dolor de ver cómo algo tan consustancial con un gran porcentaje de renterianos, desaparece...